

YO VEO EN LA OSCURIDAD

Karin Fossum

1

La niña no tiene ningún encanto, ningún control sobre sí misma. No lo tiene sobre sus ojos, que se mueven en todas direcciones y se quedan en blanco, de modo que solo queda a la vista la membrana gelatinosa. Tampoco controla su cuerpo, que parece tener vida propia. La piel está tensa sobre las articulaciones, las marcadas venas le confieren un pálido color verdoso, está chupada como una ramita seca. Los niños no deben tener ese aspecto. Los niños deben ser regordetes, tiernos y sonrosados, blandos como la goma y radiantes de vida. Supongo que se debe a alguna lesión producida durante el parto.

Tendrá unos ocho o nueve años, y va sentada en una silla de ruedas.

Su madre la llama Miranda, un nombre cursi, o al menos a mí me lo parece. Tiene el pelo rubio, brillante y fino, y lo lleva recogido en un rodete sobre la cabeza. Sus manos se mueven sin descanso, unas manos blancas, como garras, que no son capaces de hacer nada. Parece como si estuviera conectada a un aparato de corrientes que alguien encendiera y apagara, provocando sacudidas en su raquítico cuerpo. Me pongo muy nervioso cuando observo a la pequeña Miranda. Me agota tanta inquietud, esos espasmos constantes, me entran ganas de gritar. Si la niña hubiera funcionado de verdad con corriente eléctrica, la habría desenchufado. Me gustaría ver descansar ese cuerpo que se sacude sin cesar.

Miranda no sabe hablar. Solo emite sonidos y exclamaciones incomprensibles, y soy incapaz de identificar una sola palabra, a pesar de tener una larga experiencia en toda clase de cuidados. Llevo más de once años trabajando en una residencia asistida para ancianos enfermos.

Veo a Miranda a menudo, porque las dos vienen aquí, al parque del Mester, todos los santos días. Al igual que yo siguen un horario, algo que las sostiene, una ruta que les proporciona seguridad. La joven madre se ocupa de la pequeña, ya que no tiene elección. Un momento de ardor fogoso con un hombre dio como fruto una carga para toda la vida. Cuando alguien pasa por el parque, ella se apresura a levantar la vista y mirar, aunque sin esperanzas de que ocurra algo. ¿A qué clase de hombre le apetecería acercarse a esas dos pobres, implicarse voluntariamente en todos sus problemas, con esa niña que siempre está ahí, agitando los brazos y gritando sin cesar día y noche?

Llevar a esa niña en brazos a todas partes.

Empujar su silla por todas partes.

No verla nunca correr.

Vengo a este parque a cualquier hora del día o de la noche, porque tengo turnos distintos y libro a menudo cuando los demás trabajan. Llevo mucho tiempo viniendo aquí, y me he fijado en todas las personas a las que, como a mí, les gusta sentarse en un banco a contemplar la fuente y escuchar el murmullo del agua. El sonido del agua tiene un extraño efecto analgésico para los que vivimos con dolor. Yo duermo poco, y

las noches son largas y dolorosas. Intento mantenerme dentro de la realidad, y no creo que llame la atención de la gente, ni aquí en el parque, ni en la residencia de ancianos de Løkka donde trabajo. Me comporto de un modo tranquilo y amable, y hago lo que se me manda, me limito a imitar a todos aquellos que viven dentro de la normalidad, es fácil. Hablo como ellos, me río como ellos, cuento chistes. Pero con todos esos frágiles viejos muchas veces me vengo abajo. Sobre todo cuando se trata de los que no tienen voz ni fuerzas para quejarse.

No quiero vivir, puede que piensen; no quiero morir. La vida se vuelve insoportable cuando se acerca el final. Estás metido en una cama sin parar de manosear el edredón, sin ver, sin oír, sin voz. Sin ganas de vivir el resto de la vida, lleno de miedo a la muerte.

Me gusta sentarme en el parque a observar a la gente. Parecen tan vulnerables, sentados al sol en esos bancos verdes, con la mirada fija en la hermosa fuente. Tres delfines, con un chorro saliendo de sus bocas. El parque es pequeño y bonito, y en cierta manera bastante íntimo, pero los bancos son duros, y también lo son sus reposabrazos de hierro colado. Son tan duros que casi envidio a Miranda, sentada en su silla de ruedas con un cojín en la espalda. Y al final de la tarde, cuando refresca, con una manta sobre las rodillas. Su madre no para de fumar. Tira la colilla al suelo y enciende otro cigarrillo, inhala con tanta fuerza que las mejillas se le hundan. También ella está encadenada a esa silla de grandes ruedas. Pero mientras las observo a escondidas, pienso que, al fin y al cabo, algo debe de haber entre ellas. Un lazo frágil, porque madre e hija están obligadas a cumplir con esos papeles, a jugar a ese juego.

A veces, cuando llego, el parque está vacío, pero me gusta mucho sentarme solo en uno de los bancos verdes. En esas ocasiones el parque es mi pequeño reino, y lo controlo por completo. Soy yo quien dirige todo. Hago correr el agua, hago brotar las flores, y si quiero, también hago cantar a los pájaros. Empujo suavemente el viento entre las hojas de los árboles, ahuyento las nubes en el cielo, y cuando estoy de humor, adorno el lugar con una mariposa o un abejorro peludo.

Pienso mucho en la madre de Miranda. A veces mi mirada se cruza con la suya, penetrante como la de una mendiga.

Aléjame de todo esto tan difícil, dicen sus ojos.

Quiero otra vida.

Supongo que todos queremos eso.

2

En el parque, justo al entrar por un estrecho sendero enlosado, te encuentras con una hermosa escultura.

Mujer llorando.

No es que haya viajado mucho por el mundo, pero nunca he visto nada igual, nada tan hermoso y conmovedor como esa escultura. No he visto nunca a nadie llorar como ella. Está de rodillas, totalmente postrada, abrumada por el dolor y la pena. Se tapa la cara con las manos, el largo pelo le cae hacia delante, tiene los hombros encogidos en una desesperación sin límites. Resulta alentador que haya artistas que capten ese dolor que todos sentimos. El dolor por la vida en sí, la pena por existir, aguantar todos

los segundos y minutos, soportar las miradas de los demás. Hay otras excelentes esculturas, montones de ellas. Mujeres hermosas con los brazos extendidos, hombres atléticos, niños regordetes y risueños.

A mí dame una mujer llorando.

Dame la verdad sobre los seres humanos y la vida.

Está fundida en bronce dorado y tiene un brillo especial. Cuando el sol calienta a través del follaje, se vuelve dorada y ardiente como una brasa. En invierno su cuerpo está frío como el hielo, los hombros redondeados y la espalda estrecha, donde las vértebras se marcan como canicas bajo la piel. Cuando nadie me ve, le acaricio el esbelto cuerpo, las largas piernas, los finos tobillos.

Pero mis pensamientos vuelven siempre a Miranda.

Necesitaré ayuda para todo, pienso a menudo, ayuda desde por la mañana hasta por la noche, las veinticuatro horas del día. Necesitaré ayuda cuando tenga treinta y cuando tenga cuarenta años. En algún momento su madre morirá, ¿y quién se ocupará de ella entonces? Algunos de esos inválidos acaban en la residencia donde yo trabajo, vienen a Løkka. Allí me son entregados a mí, a mis caprichos, ataques y reprimendas. En mi interior habita un pequeño Satanás que a veces, de forma inevitable, asoma la cabeza, porque la tentación puede conmigo. Jamás habría pensado eso de Riktor, diría la gente, ignorante, si supieran lo que pasa y de lo que soy capaz... Atraveso a las personas con la mirada, veo lo que se esconde en su interior más oscuro, en el fondo de su ser. En cuanto a maldad se refiere, me creo cualquier cosa de la gente.

3

La enfermera Anna Otterlei es una excepción.

Para ella el bienestar de los pacientes es mucho más que la elección de una profesión; en su caso, es su meta en la vida, al menos esa es la impresión que da. Parece incansable. Es cariñosa, abnegada y paciente, cuida y consuela, atiende y alivia. Entra y sale sin parar de las habitaciones, se sienta en una silla junto a las camas, habla a los enfermos en voz baja y entrañable, les acaricia la mejilla con su cálida mano. Averigua lo que necesitan y con lo que sueñan, comparte con ellos el dolor de la vida que se está acercando a su final. Comparte con ellos el miedo a la muerte, la última y lenta caída hacia la oscuridad. Yo no soy capaz de hacer eso. Si tiendes una mano, recibes a cambio llantos y desesperación, son puertas que yo no tengo aguante para abrir, bastante tengo con lo mío. Tengo de sobra con mi propio corazón palpitante, tengo de sobra con los susurros de los rincones, las malas lenguas que tal vez sepan quién soy de verdad.

Algunas noches un camión irrumpe en mi habitación, atravesando estrepitosamente la puerta, para aparcar junto a mi cama. El motor diésel se queda allí haciendo ruido hasta que amanece. Cuando por fin pongo los pies en el suelo, estoy agotado. Pero, por otra parte, me aterra más el silencio, porque he vivido toda mi vida con este ruido, con las voces y el barullo.

Ahora bien, la enfermera Anna es mi ángel. Es buena, pero también avispada y perspícaz, como una tarta con un baño dulce que esconde en su interior una minúscula y amarga fruta del bosque. Con ella es con la que debo tener más cuidado. Los otros

compañeros de sección no son lo suficientemente listos como para calarme, no tienen la sensibilidad que hace falta para descifrar los enigmas humanos. Y yo soy un enigma humano.

¡Ojalá tuviera una mujer! Una mujer como la enfermera Anna, con su belleza y sabiduría, con su voluntad inquebrantable de ser buena. Es rubia, pechugona y hermosa, con la frente alta y las mejillas redondas, como las de un niño bien nutrido. Labios rojos como cerezas, cuello de cisne, unos ojos risueños que te miran de arriba abajo. Es de mi edad, cuarenta y pocos. Y aunque no para de mirarme, no lo hace con deseo o anhelo, yo no poseo ninguno de esos encantos con los que sueñan las mujeres. Pero me gusta estar cerca de ella, notar su olor y el calor que desprende, como una estufa. Brilla como un sol. Se mece como una barca. Es una mujer de verdad, según mi depravado corazón.

Todo el mundo tiene cualidades, todo el mundo tiene algún talento, todo el mundo tiene derecho a que se le respete por lo que es. Eso es lo que nos gusta pensar a los humanos. Pero hay individuos podridos, y yo soy uno de ellos, lo admito, en algunas situaciones puedo ser una persona atroz, hasta un grado que me perturba. Pero no me cuesta nada imitar a los demás, fingir cortesía, amabilidad y bondad. Lo que me resulta difícil es reprimir los malos impulsos. Pienso a menudo en todo lo que puede suceder si realmente pierdo el control. Lo que ocurre de tarde en tarde.

Pero lo dicho, la enfermera Anna, la pequeña y hermosa Anna, es el ángel del cuento sobre los seres humanos. A veces, cuando me cruzo con ella por el pasillo, me quedo sin fuerzas y me tiemblan las piernas. Pero jamás tendré el placer de besar su boca de color cereza. Sé demasiado sobre el mercado del amor.

4

Vivo en Jordahl, a las afueras de la ciudad, en una casita roja situada a media hora andando del parque del Mester. Fue construida en 1952, con la sobriedad que imperaba después de la guerra, una casa austera, sencilla y práctica. Sala de estar y cocina, dormitorio y cuarto de baño, eso es todo. Dos viejas estufas de hierro colado que enciendo en invierno, un gran porche que me permite observar a todos los que pasan por delante de mi puerta. Es fácil de limpiar y ordenar, con muebles sólidos, sin adornos ni fruslerías. Detrás de la casa está el bosque, donde se mezclan abedules y abetos. En la parte de delante había antes un hermoso césped, pero ahora está completamente cubierto de toda clase de vegetación. De vez en cuando, durante el verano, lo siego con una guadaña, me gusta ser el hombre de la guadaña, me siento en mi papel.

Tardo cuarenta minutos en ir desde casa a la residencia de Løkka. Aunque el autobús para junto a mi verja, voy andando haga el tiempo que haga. Me gusta caminar, mientras ando concentro los pensamientos, haciéndolos discurrir por vías sensatas. Mi casa está situada en una colina, sobre un terreno que da al oeste. Por las tardes, el sol entra brillando por la ventana de la sala de estar como una enorme bola ardiente. Se queda unos instantes suspendido, hasta que las habitaciones vibran de calor, luego se pone por detrás del bosquecillo. Y lentamente todo se vuelve azul.

Todos los árboles y arbustos, y las colinas más lejanas.

Es a esa hora cuando mi cabeza empieza a bullir. Miles de millones de bichitos pululan por mi cerebro, cavando túneles y destrozando conexiones de importancia vital que necesito para pensar, razonar y planificar. Ya sean buenas o malas acciones, depende, hago tantas cosas... Suelo acercarme a la ventana y me quedo allí mirando mientras espero a que se haga el silencio. Y en algunas ocasiones ese silencio absoluto llega. Como cuando alguien interrumpe un flujo de palabras. Entonces el silencio me resulta alarmante, y enseguida enciendo la radio o la televisión con el fin de oír voces. De vez en cuando, estando fuera de casa, entre la gente, me siento al borde del pánico sin razón alguna. Y entonces adopto una expresión amable, para que nadie note la verdad, que vivo en un caos.

Nunca le he mencionado estas cosas a ningún médico. Y eso que tenemos un médico en la sección y podría habérselas confesado, porque somos colegas. Oye, le diría al doctor Fischer. La cabeza me hierva cuando se pone el sol. Como un millar de hormigas, como un enjambre de insectos arrastrándose. Oigo susurros en los rincones de mi dormitorio, y un gran camión aparca junto a mi cama. El motor está al ralentí toda la noche, y me resulta casi imposible respirar con ese olor a diésel. Pero ese tipo de cosas no pueden contarse así sin más. Él es médico y sacaría sus conclusiones, y no quiero verme en apuros.

5

Veo árboles y arbustos, edificios, postes, vallas, veo todo aquello que está vivo luciendo y vibrando mucho después del anochecer. Veo el calor que emite, una energía casi de color naranja, como si estuviera ardiendo. Esto se lo mencioné en una ocasión a la enfermera del colegio, cuando estaba en cuarto curso. Le dije que podía ver en la oscuridad. Me acarició la mejilla y se limitó a sonreír con tristeza, como se sonríe a un niño desorientado, con una imaginación desbordante. Escarmentado, nunca más volví a hablar con nadie de ese tema. Algunas noches, cuando no consigo dormir, cuando el camión lleva muchas horas junto a mi cama llenando la habitación de gases de tubo de escape, me visto y salgo afuera. Contemplo todo lo que se mueve en el paisaje, lo que se esconde del ruido y de la luz del día. Un zorro que corre por los campos, un corzo que cruza la carretera, todos vibrando con esa luz anaranjada.

Desde las ventanas de la sala de estar veo el patio y la carretera. En cambio, la ventana de la cocina da al bosque, con sus árboles erguidos. Me da la sensación de vivir apartado del mundo, pero tengo vecinos. Más abajo vive Kristian Juel, que no mira mucho hacia aquí y se ocupa solo de sus asuntos, lo cual aprecio. Más arriba vive una familia con niños pequeños, que gritan y hacen ruido, saltan en un enorme trampolín y persiguen a un perro que ladra sin parar. A veces, en las luminosas noches de verano, puedo oír las risas y los ladridos, y me suenan como a campanas en el aire. Otras veces me sacan de quicio y me entran ganas de gritar.

Pero entonces vuelvo a la enfermera Anna.

Cálida, elegante y deslumbrante.

No hay nadie como ella en todo el mundo.

Una vez, cuando era pequeño, uno de los críos de la clase me dijo en tono malicioso y chillón que yo parecía un lucio. Supongo que se debe a que soy algo prognato y a que tengo los dientes torcidos y afilados, como los de un pez carnívoro. Como ese chico

era un poco obeso, me limité a decirle que se callara la boca. Y que además él parecía una marsopa encallada. Se quedó completamente desprovisto de argumentos y noté que se arrepentía de su pequeña salida de tono. Eso es todo lo que recuerdo de mi infancia. Casi todo lo demás ha sido borrado y olvidado. Pero siempre me acuerdo de lo del lucio, recuerdo la sensación de humillación, que mis mejillas se encendieron y que me volví casi ciego de ira. No soy muy guapo, eso es algo que asumí hace tiempo. Tengo los ojos muy juntos y hundidos, el iris como de color aceitoso. A veces me quedo entre los matorrales que hay junto al sendero enlosado a la entrada del parque del Mester y me pongo a mirar a la gente que viene andando. Ancianos con bastón, hombres mayores solitarios, niñas con faldas cortas cuchicheando, venenosas como la amanita blanca.

6

El doctor Fischer, responsable de nuestra sección, fue en el pasado un idealista, al menos eso creo. Con un sincero deseo de aliviar el dolor del prójimo. Aliviar el malestar y la aflicción de otros, significar algo para ellos al final de sus vidas.

Caminaba por los pasillos con gran dignidad, totalmente entregado a su labor, muy distinto a los demás. Ahora lo veo como un hombre resignado, con los hombros encogidos, arrastrando los pies de una habitación a otra con sus zapatos de ante gastados y la mirada clavada en el suelo. Lleva más de veinte años trabajando en la residencia de Løkka, ocupándose de los pacientes a los que les queda muy poco tiempo de vida. Es como si solo pensar en ello le dejara sin aliento. Parece abrumado por el peso de la conciencia, una conciencia que reacciona ante cualquier cosa, como si él tuviera la culpa de todas las desgracias de este mundo. He pensado a menudo que un día se morirá de tanta conciencia, porque esas cosas te consumen el organismo. Tiene la costumbre de masajearse las sienes. Como si hubiera allí dentro algo que lo irritara, un pensamiento difícil, quizá, o un recuerdo doloroso. Cada vez que se sienta a descansar, levanta la mano y se masajea las sienes. Tiene un trabajo bastante agotador. En mi imaginación veo miles de manos que le tiran de la bata y del pelo, que lo empujan contra la pared.

¡Necesito ayuda, le gritan, alivio, quiero más y ahora mismo! Analgésicos, algo para dormir, algo que alivie la angustia y la inquietud, algo que atenúe la desesperación y la aflicción. El hombre no tiene escapatoria. Tal vez tenga también algún problema en casa, qué sé yo. Una mujer a la que ya no ama, hijos que no lo respetan. Está atrapado en ese mundo, atrapado en su bata blanca, apresurándose pasillo arriba y pasillo abajo, con su sentido de la conciencia exageradamente poderoso. Me parece que al doctor Fischer no le gusto. Seguramente pretende pillarme. Si puede, no dejará de hacerlo, siempre está esperando la ocasión. Soy muy sensible a esas cosas, tiene que ver con la energía, o con la falta de ella. No fluye nada entre nosotros, ningún calor, ninguna comprensión.

Me mantengo alejado de él, porque siento que ese hombre es como un presagio de que algo va a suceder.

Nunca lo he visto en el parque del Mester.

A diez minutos del parque está el café Dixie, parcialmente escondido en un bosquecillo de abedules, con mesas y sillas de un color verde intenso. En la entrada hay dos grandes palmeras en macetas azules, artificiales, claro está. Al dueño deben

de parecerle exóticas, pero allí, entre los abedules, resultan más bien extrañas. Es la gente joven la que frecuenta el Dixie. Toman hamburguesas y Coca-Cola apoyados de pie contra las paredes, dándose amistosos golpecitos los unos a los otros. He estado allí un par de veces y me he sentado en una de las mesas de plástico a observarlos, con un café muy flojo en un vaso de poliestireno. Esos jóvenes no viven en el mismo mundo que yo. Podría decirse que estoy desconectado de los demás, como si hubiera cortado una cuerda. O como si el paso del tiempo la hubiera desgastado. No comprendo del todo mi destino, no entiendo esa sensación de ser siempre un extraño, de no pertenecer, de no estar a gusto en el fluir de las rutinas diarias. Unas fuerzas que no consigo dominar me han alejado de los seres humanos. Me gusta moverme solo por el mundo, pero deseo tener una mujer. ¡Ojalá tuviera una mujer!

Aquí podría intercalar que, de pequeño, me encontré un día a mi padre colgado por el cuello de una viga del techo. Con la cara hinchada entre azul y negra, y la gruesa lengua saliéndole de la boca. En cierto modo podría servir de explicación de por qué soy como soy. Pero no es verdad. Mi padre era un hombre honrado, que nunca hizo mal a nadie. Es cierto que era distante y poco caritativo, pero no murió colgado de una viga. Murió cuando yo tenía catorce años de un infarto de miocardio fulminante.

Estoy seguro de que el doctor Fischer le ha echado el ojo a la enfermera Anna, un ojo oscuro y melancólico. Quizá también se lo haya echado Sali Singh, que trabaja en la cocina. Ese tipo de cosas no se me escapan. Gran parte de la comunicación entre las personas no pasa por la boca, no es cuestión de palabras, y yo soy sumamente observador. Algunos no lo entienden, se centran en lo que se dice, mientras que otros, como yo, se vuelven maestros en el arte de la insinuación, de todas esas pequeñas señales reveladoras. Con una rápida mirada a Sali sé cómo se encuentra, aunque esté de espaldas a mí. Miro sus hombros para comprobar si están encogidos. Si está de pie con las piernas separadas, o si anda a pasos pequeños y nerviosos. Veo cómo el movimiento de las manos se propaga a su pesado cuerpo de forma suave o brusca, renqueando o con fluidez. Sali es un hombre grande, la mayor parte de los kilos los acumula en la cintura. Me pregunto qué opinará de Noruega, de los noruegos, en el fondo de su oscuro corazón indio. No creo que sean pensamientos hermosos, con lo asquerosamente consentidos que estamos. Pero Sali prepara unos deliciosos sándwiches sobre la encimera de la cocina de Løkka. No le preocupa el presupuesto, pone una generosa cantidad de suculentos ingredientes. Debe de resultarle extraño a un hombre que seguramente sabe mucho de pobreza. Tiene los ojos casi negros, y el pelo se le ve brillante, grasiento y azulado bajo los fluorescentes.

7

Eddie y Janne vienen a menudo al parque.

Suelo pensar en ellos como Romeo y Julieta, pero eso era antes de saber sus nombres. Un buen día se llamaron el uno al otro a través del aire de abril, juguetones como dos niños. Mira aquí, Janne, que no, no digas tonterías, Eddie, etcétera. Están abrazados en el banco, achuchándose, acariciándose y toqueteándose, ronroneando como gatos, nunca he visto nada igual. Si pudieran se devorarían el uno al otro enteritos. Y no les da ningún reparo, aunque haya más personas sentadas al lado de la fuente. Algunas esbozan leves sonrisas, otras miran hacia otro lado porque sienten vergüenza ajena. Yo, por mi parte, no sé muy bien cómo reaccionar, pero supongo que esas cosas pertenecen al ámbito de la vida privada, que en público debe reinar cierta decencia. Y

no hay nada decente en Eddie y Janne. Siempre se llevan algo de comer. Después de haberse achuchado durante un buen rato, abren una bolsa de bollos o una tableta de chocolate. Comen como los niños, sin disimular su avidez. Eddie tendrá unos dieciséis o diecisiete años, Janne parece algo más joven. Son esbeltos y guapos, y van vestidos exactamente igual, con vaqueros gastados y chaquetas grises con capucha.

(...)